

LA PRESENCIA DE LA BIBLIA EN “CIEN AÑOS DE SOLEDAD”

M. Junkal Guevara Llaguno

Sumario: La Biblia ha estado presente en la cristalización de la cultura de Colombia, sus relatos y algunas de sus frases se han incorporado al lenguaje de sus gentes de una manera natural. Así, no es extraño que podamos encontrar en CAS cantidad de referencias a la misma. La autora las recoge y explica la pertenencia de la mayor parte de ellas al Pentateuco, probablemente porque como CAS reflexiona sobre el origen y la fundación de un pueblo.

Summary: The Bible has been present in the crystallizing of Colombia's culture; its stories and some of its phrases have been incorporated into the language of its people in a natural way. Thus, it is not rare that we may find in CAS [for Cien Años de Soledad] an amount of references to the same. The authoress gathers and explains them as belonging, –the greatest part of them–, to the Pentateuch, probably because likewise CAS, it reflects about the origin and foundation of a people.

Palabras clave: Biblia, Cien Años de Soledad, Pentateuco, García Márquez.

Key words: Bible, One Hundred Years of Solitude, Pentateuch, García Márquez.

Fecha de recepción: 8 septiembre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: 10 mayo de 2015

1. Introducción

Con motivo de la reunión anual de la Asociación Bíblica Española celebrada en 2013 bajo el título “La Biblia y la literatura. La Biblia en la literatura”, escribí una breve comunicación para el seminario de Antiguo Testamento. El texto llevaba por título, “La presencia de la Biblia en Cien años de soledad”.

La muerte de Gabriel García Márquez el 17 de abril de 2014 me ha animado a retomar aquel texto y trabajar sobre él, incorporando las aportaciones de distintos autores que han estudiado la cuestión, principalmente en estudios doctorales, y releendo, por supuesto, “García Márquez: Historia de un deicidio”, de M. Vargas Llosa, un estudio imprescindible sobre García Márquez y su obra.

La presencia de relecturas explícitas e implícitas de los textos canónicos, dentro y fuera de la Biblia, es un asunto que me ha interesado siempre por cuanto muestra el

carácter vivo e interpelante del texto y el mensaje bíblico. Pero, además, la lectura de un trabajo sobre la presencia de la Biblia en la obra de Jorge Luis Borges¹, me recordó:

“La capacidad [de la Biblia] para recrearse a sí misma progresivamente, para explicitar su mensaje de modo gradual mediante el diseño de una cadena de tipos cada uno de los cuales es imagen imperfecta del posterior [...] es esa característica, tan ligada por otra parte a su naturaleza profundamente polisémica la que ha hecho de la Biblia un texto tan disponible y tan apto para ser recreado por autores posteriores: un universo compuesto de imágenes correspondientes, de imágenes además cargadas de contenido y de eficacia literaria, se presta fácilmente a la recreación”².

De esta manera, decidí acercarme a “Cien años de soledad” (CAS) estudiando el sentido y el valor de tantas referencias bíblicas que yo había notado al saborear su lectura. Esa suerte de intertextualidad³ que había servido a García Márquez, un latinoamericano permeable a las grandes tradiciones bíblicas, para encontrar “esos paradigmas transmitidos que ahorran la repetición de la experiencia al darla ya por hecha y formulada como relato”⁴.

No me interesaba, por tanto, la dimensión religiosa de los relatos, aunque en una cultura cristiana como la colombiana eso no podía ignorarse, incluso cuando el texto se atrapaba en una perspectiva meramente literaria. Me interesaba la presencia de la Biblia en la literatura, el modo de usar sus tradiciones y personajes; de volver a imaginarlos; de recrearlos.

Esa inquietud tenía que ver con la constatación de que, en nuestros días, principalmente en Occidente, se ha producido una suerte de “secularización” de la Escritura; la Biblia se ha convertido en uno de los “clásicos” de la cultura occidental y, de algún modo, podríamos decir que “se ha democratizado su lectura”, porque la ha sustraído del mundo eclesial en el que nació. Como hace notar A. Paul, “la Biblia se ha abierto un camino de adulto en el terreno propio de la cultura, con todas las implicaciones inherentes a ésta”⁵. Y este fenómeno puede ser reconocido incluso en el ámbito del judaísmo, y así lo hacen notar los autores de *Los judíos y las palabras*:

¹ G. SALVADOR VÉLEZ, *Borges y la Biblia. Presencia de la Biblia en la obra de Jorge Luis Borges*, Tesis doctoral presentada para la obtención del título de Doctor en Humanidades. Director: Dr. José María Micó Juan Departament d’Humanitats (IUC) Universitat Pompeu Fabra.

² *Ibid.*, 28.

³ Intertextualidad *descendente*, la propia de la Biblia, presente en innumerables obras de de nuestro mundo cultural, cfr. G. DEL OLMO, “La Biblia y su intertextualidad”: *Estudios Bíblicos* LXXI (2013) 409.

⁴ *Ibid.*, 407.

⁵ A. PAUL, *La Biblia y Occidente. De la Biblioteca de Alejandría a la cultura europea*, Verbo Divino, Estella 2008, 433.

“la Biblia va dejando atrás su categoría de sagrada escritura. Su esplendor en tanto que literatura trasciende la disección científica, así como la lectura devocional. Conmueve y apasiona de un modo comparable a las grandes creaciones literarias, de Homero unas veces, en ocasiones de Shakespeare, de Dostoievsky en otras”⁶.

2. Cien años de soledad

De todos es sabido que CAS es la obra magna de Gabriel García Márquez, escritor colombiano que recibió el premio Nobel de literatura en 1982. A juicio de muchos autores, es también la novela más significativa de lo que se dio en llamar el “boom de la literatura hispanoamericana”, un término acuñado de una forma un tanto accidental por el periodista y escritor Luis Harss, quien anticipó este fenómeno sin precedentes en su libro “Los nuestros”, que publicó en 1966.

El término quería describir la emergencia de una pléyade de escritores, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, que, en opinión del mismo Harss, se preocuparon por encontrar un lenguaje y por cómo hacer del continente americano una experiencia universal:

“Un continente que había sido marginal, digamos, que alguien llamó el pecado capital de América, que consistía en haber nacido fuera de la cultura y fuera de la historia y que hasta entonces la novela lo había aceptado con un tipo de novelas parciales y regionales. De pronto, estos autores hablaban aceptando su propia tradición, su propia cultura, pero la proyectaron hacia fuera: universalizaron los temas”.

El movimiento dio títulos tan significativos como “La casa verde”, de Vargas Llosa; “Cien años de soledad”, de García Márquez; “Rayuela”, de Cortázar o “La muerte de Artemio Cruz”, de Carlos Fuentes.

Pero, además, difundió una manera de contar lo real, que ha quedado como sello original del movimiento, el llamado “realismo mágico”:

“Aquel movimiento contrastante y paradójico que, aunque se apega objetivamente al acontecer cotidiano, lo matiza con hechos o experiencias imposibles, de tal manera que su desarrollo resulta simultáneamente verídico y misterioso. Es decir, el escritor mezcla escenas realistas con otras fantásticas,

⁶ A. Oz – F. Oz-SALZBERGER, *Los judíos y las palabras*, Siruela, Madrid 2014, 21.

no hay duda de que esa novela de 300 páginas, que ha sido traducida a más de 40 lenguas, y que, después de “El Quijote”, es la obra más leída en lengua castellana, es la obra maestra de su autor y el signo más luminoso de su fama.

CAS es la crónica de Macondo y la historia de siete generaciones de la familia Buendía que fundó el pueblo. Algún estudio de la obra¹¹ ha identificado dos grandes partes en la misma, la primera –que comienza con la fundación de Macondo– catapulta al lector hacia el futuro; mientras que la segunda lo lanza hacia el pasado.

Las historias de los protagonistas de cada generación, seres de carne y hueso, perfectamente reconocibles, van delineando el destino de Macondo; pero, a la vez, constituyen verdaderos arquetipos humanos: el fundador, el soñador, la madre, la mujer, la solterona, la sometida a un código de normas y tradiciones que la asfixian...

Los estudiosos de la obra de García Márquez han sugerido alguna vez que CAS es una metáfora de Latinoamérica.

Ese tiempo total son los cien años de que nos habla el título de la novela y que nosotros no debemos descuidar en cualquier lectura que hagamos de la misma porque se trata de una era completa y no arbitraria en el despliegue de la historia tanto de Colombia como de América Latina en general. Cualquier mediano especialista en la historia de América Latina (y téngase presente que los críticos de la literatura latinoamericana no suelen ser especialistas en la historia de América Latina) podría reconocer y caracterizar esa era de cien años. Es la de las construcciones nacionales o, dicho con mayor precisión, la del largo y difícil recorrido durante el cual las colonias europeas existentes en esta porción del espacio terrestre desde el siglo XVI, después de haber obtenido su libertad en los campos de batalla durante las luchas por la independencia, se fueron integrando a sí mismas como totalidades políticas, sociales, económicas y culturales¹².

Parece que el propio García Márquez interpretaba así su literatura, si tenemos en cuenta que en el discurso, que profirió cuando le fue concedido el Nobel, dijo:

“Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, (la terrible realidad de AL todavía en los ’80) y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de la Letras. Una realidad que no es la del

¹¹ “Introduction” Literature of Developing Nations for Students. Vol. 5. Gale Cengage, eNotes.com. 2 Sep, 2013 <http://www.enotes.com/solitude/>(consulta 2 de agosto 2014)

¹² G. Rojo, “Cien años de soledad cuarenta años después”: *Estudios Públicos* 106 (otoño 2007), 346.

papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual éste colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad”¹³.

Sin embargo, sería una equivocación interpretar únicamente en clave localista la grandeza de *Cien años de soledad* o de los otros textos en que Márquez evoca esta ciudad ficticia que es Macondo.

Aunque es innegable su semejanza con la geografía colombiana, y con la biografía del autor, es verdad que la novela propone una verdadera parábola de la condición humana.

“Como la familia Buendía sintetiza y refleja a Macondo, Macondo sintetiza y refleja (al tiempo que niega) la realidad real: su historia condensa la historia humana. Los estadios por los que discurre corresponden en sus grandes lineamientos, a los de cualquier sociedad, y en sus detalles, a los de cualquier sociedad subdesarrollada aunque más específicamente a las latinoamericanas”¹⁴.

Y creo que, precisamente por esta condición de parábola sobre la condición humana, es por lo que García Márquez recurre con tanta frecuencia a las imágenes, relatos y tradiciones bíblicas, especialmente a las contenidas en el libro del Génesis. En todas ellas encuentra luz para reflexionar sobre la humanidad, sus logros y sus tragedias: “Although this novel primarily portrays the history of a town on the coast of Colombia, the narrative is a universal commentary on the human condition. The biblical intertextualities can shed light on the possible interpretations for the whole of humanity”¹⁵.

¹³ En línea, http://cvc.cervantes.es/actcult/garcia_marquez/audios/gm_nobel.htm (consulta 14 de agosto 2014).

¹⁴ M. VARGAS LLOSA, *Cien años de soledad. Realidad total, novela total*. Prólogo a la edición de editorial Alfaguara y la RAE para conmemorar los 80 años de G. García Márquez. En el mismo sentido se expresa R. GULLÓN, *García Márquez o el arte de contar*, Cuadernos Taurus 93, Taurus Ediciones S.S., Madrid 1970, 27.

¹⁵ A. WOODARD, “Cien años de soledad and the universal commentary. Considerations on the narrative voice through the lens of Biblical intertextualities”, April 9, 2010 presented at the North American Christian Foreign Language Association Conference.

3. La presencia de la Biblia en *Cien años de soledad*

Como cualquier lector con una cierta ilustración de la cultura bíblica, yo también percibí en mis lecturas de CAS que la Biblia “estaba por todas partes”. Que como hacen notar muchos autores, la Biblia funciona en esta obra como un sistema signifi- cante; que el soporte mítico-simbólico de CAS se articula con la tradición cristiana¹⁶.

Existen numerosos estudios, fundamentalmente en el ámbito norteamericano, sobre las referencias de cuño bíblico presentes en la obra¹⁷. Nosotros queremos estudiarlas en la perspectiva del biblista que conoce bien los relatos fuente y puede, no sólo enumerar las coincidencias, sino también cotejar el uso en CAS, y el uso en la Biblia: su lugar y su papel en la estructura en las tradiciones; su valor en el conjunto de los libros; su impacto en el conjunto de la Biblia.

Y, así, vamos a rastrear las referencias intertextuales bíblicas presentes en CAS no sólo porque hay referencias bíblicas explícitas en la obra, sino porque descubrimos en ellas una permeabilización implícita de muchos relatos, tradiciones y personajes bíblicos totalmente inteligibles en el humus de la cultura en la que se escribe y se lee CAS. Y, en ella, notamos una personalización o apropiación de los relatos por parte de García Márquez que nos resulta interesante y en algunos casos, además, divertida.

Conocemos, además, las opiniones de algún autor que llega a afirmar que hay algo más que una mera referencia intertextual. Hay una auténtica imitación de la estructura literaria del conjunto de la Biblia:

“That is, *One Hundred Years of Solitude* follows the structure of the Bible: it begins with an idyllic creation in a garden-like setting, where all the people are innocent. The movement of the plot is away from the moment of creation and toward the moment of Apocalypse, when all of Macondo is swept away”¹⁸.

¹⁶ C. FIGUEROA, “Cien años de soledad: reescritura bíblica y posibilidades del texto sagrado” en *XX Congreso Nacional de Literatura, Lingüística y Semiótica. Cien años de soledad, treinta años después. Memorias, Universidad Nacional de Colombia-Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá 1998*.

¹⁷ A. WOODARD, Cien años de soledad and the universal commentary. Considerations on the narrative voice through the lens of Biblical intertextualities, April 9, 2010 presented at the North American Christian Foreign Language Association Conference; R. KELSEY, Biblical Allusions in 100 Years of Solitude, 10 septiembre de 2008; T. LIM, The Biblical Allusions in One Hundred Years of Solitude and Their Significance, Literature Extended Essay, mayo 2007; M. MORELLO-FROSCHE, “One hundred years of solitude by Gabriel Marquez, or Genesis rewritten” en *Biblical patterns in modern literature 155-163*, Chico, CA: Scholars Pr, 1984; J. SCHRIDER, Biblical Allusions in Gabriel García Márquez’s «One Hundred Years of Solitude»: Senior Honors Thesis, Appalachian State University, 1995; M. PIPKIN, A Supernatural Echo: The Intertextuality of Gabriel García Márquez’s «One Hundred Years of Solitude» and the Bible. Master’s thesis, Fresno, CA: California State University, 1992; T. LIM, The Biblical Allusions in «One Hundred Years of Solitude» and Their Significance, Literature Extended Essay, Antwerp International School May 2007.

¹⁸ “Introduction” Literature of Developing Nations for Students. Vol. 5. Gale Cengage, eNotes.com. 2 Sep, 2013 <<http://www.enotes.com/solitude/>> (consulta 2 de agosto 2014).

Con estas premisas, procedemos a analizar la presencia de la Biblia en CAS, teniendo en cuenta que, como ya hemos dicho, tales referencias pueden ser explícitas o no, y que ahí, precisamente, es donde el relato se enriquece cuando el autor “trasciende el mito americano al incorporarlo a una simbología mítica más vasta, en la cual sus lectores, educados en la tradición judeo-cristiana, reconocerán las historias sagradas de su infancia y se adaptarán sin esfuerzo a un contexto narrativo jalonado de referencias familiares. La mitología del Antiguo Testamento proporciona marco sugestivo y soterrada iluminación al relato novelesco”¹⁹.

3.1. La referencia a grandes tradiciones bíblicas

Un primer análisis general del texto nos permite afirmar que el libro bíblico más citado en CAS es, sin duda, el Génesis, aunque hay algunas referencias amplias al Éxodo, tanto por la caracterización del patriarca de la saga, cual Moisés conduciendo al pueblo hacia la tierra, como por el tema de las plagas.

Entre todas las tradiciones, las que componen el Pentateuco son, probablemente, las más citadas por García Márquez. Nosotros pensamos que las alusiones más importantes son las que siguen:

3.1.1 El comienzo de la historia descrito como un tiempo “edénico”, un remedo de la historia antediluviana (Gn 1-9)

Los once primeros capítulos del Génesis, además de desempeñar la función de introducir la primera tradición del Pentateuco, la que reflexiona sobre los orígenes de todo (universo, seres vivos, vida, muerte, relaciones interpersonales, rupturas, pecado...), constituye una auténtica obertura a la gran sinfonía de la Biblia.

El contenido de estos once capítulos puede distribuirse en una especie de trípico en el que los contenidos teológicos se reparten en tres grandes bloques: creación, corrupción y recreación.

La reflexión sobre la creación la encontramos en (Gn 1; 2; 4,17-26; 5,3-6) que contienen los dos relatos de la creación; el surgimiento de la cultura y los inventos, expresión gráfica de la orden dada a la pareja humana de colaborar en la tarea del Creador, y el nacimiento de Set.

La corrupción aparece descrita en 3; 4,1-17; 6,1-8,15; 11). Encontramos aquí los conocidos relatos de la caída; Caín y Abel, el diluvio y la construcción de la torre en Babel.

¹⁹ R. GULLÓN, *García Márquez o el arte de contar*, Cuadernos Taurus 93, Taurus Ediciones S.S., Madrid 1970, 46.

Así lo reconoce también S. Wahnnon:

“En la escena del origen de Macondo, que reproduce, transformándola, la escena de la creación bíblica, lenguaje y conocimiento aparecen de nuevo vinculados por el gesto decisivo de un narrador omnisciente que, a la manera del Dios bíblico, encomienda a los hombres la tarea de nombrar y de reconocer las cosas a la medida de sus posibilidades”²⁷.

De hecho, la casa de los Buendía, modelo para todas las demás, “tenía un jardín bien plantado y un corral donde vivían en comunidad pacífica los chivos, los cerdos y las gallinas”²⁸, una estampa que recuerda Is 11,6-9, en la que la naturaleza expresa la paz fruto de los nuevos tiempos que inaugurará el Mesías.

En esa creación recién estrenada, José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán, cuya generación se pierde en el tiempo, resultan una suerte de Adán y Eva. Habían vivido “en una rancharía de indios pacíficos situada en las estribaciones de la sierra [...] eran primos entre sí [...] habían crecido juntos en ella y su matrimonio era previsible desde que vinieron al mundo”²⁹.

Pero, en seguida, como en el relato bíblico (Gn 3), “aquel espíritu de iniciativa social desapareció en poco tiempo, arrastrado por la fiebre de los imanes, los cálculos astronómicos, los sueños de trasmutación y las ansias de conocer las maravillas del mundo”³⁰.

Y, así, el incesto se erige como una sombra perceptible a lo largo de toda la novela a modo de “pecado original” de la saga Buendía, un pecado que se va repitiendo generación tras generación, teniendo en la soledad y el miedo a que los nacidos tuvieran cola de cerdo, sus expresiones más claras.

Ese pecado se difunde ya desde la historia de la muerte de Prudencio Aguilar, en la que resuena el relato de la expulsión del Jardín cuya puerta se franquea para que nadie tenga la tentación de vivir en una permanente nostalgia del pasado (Gn 3): “la lanza de José Arcadio Buendía, arrojada con la fuerza de un toro y con la misma dirección certera con que el primer Aureliano Buendía exterminó a los tigres de la región, le atravesó la garganta [...] Está bien Prudencio –le dijo–. Nos iremos de este pueblo, lo más lejos que podamos, y no regresaremos jamás”³¹.

²⁷ S. WAHNON, “Las palabras y las cosas en Cien años de soledad” en *Lenguaje y Literatura*, Octaedro, Barcelona, 1995, 103.

²⁸ *Ibid.*, 92-93.

²⁹ *Ibid.* 107.

³⁰ *Ibid.*, 94.

³¹ *Ibid.* 110.

Esta misma dinámica que hace avanzar la historia hacia adelante, que no se recrea en la nostalgia de paraísos perdidos es la que dirige los pasos de los fundadores de Macondo que “atravesaron la sierra buscando una salida al mar, y al cabo de veintiséis meses desistieron de la empresa y fundaron Macondo para no tener que emprender el camino de regreso. Era, pues una ruta que no le interesaba, porque sólo podía conducirlo al pasado”³².

El recuerdo de la desgracia que acompaña a los Buendía se cuenta también en una historia en la que resuena aquella de Caín abandonando su tierra, portando una marca protectora impuesta por Dios (Gn 4,15), la muerte de los diecisiete hijos del coronel Aureliano Buendía: “En el curso de la semana, por distintos lugares del litoral, sus diecisiete hijos fueron cazados como conejos por criminales invisibles que apuntaron al centro de sus cruces de ceniza [...] [Petra Cotes] no lo dejó salir hasta el cuarto día, cuando los telegramas recibidos de distintos lugares del litoral permitieron comprender que la saña del enemigo invisible estaba dirigida solamente contra los hermanos marcados con cruces de ceniza”³³.

Con todo, CAS, a diferencia del relato del Génesis (Gn 4,17-26) donde la cultura expresa la colaboración de la criatura en la tarea de la creación³⁴, sugiere una relación entre pecado y conocimiento: “la tribu de Melquíades, según contaron los trotamundos, había sido borrada de la faz de la tierra por haber sobrepasado los límites del conocimiento humano”³⁵. De hecho, para Úrsula Iguarán “el olor del demonio [...] aquel olor mordiente quedó impregnado en su memoria, vinculado al recuerdo de Melquiades”³⁶ y no perderá ocasión de advertir a su marido que “en vez de estar pensando en tus alocadas novelitas, debes ocuparte de tus hijos. Míralos como están, dejados de la mano de Dios, igual que los burros”³⁷. Esas alocadas novelitas a las que ella se refiere son, por otra parte, una constante en la vida de su esposo: “Estuvo varios días como hechizado, repitiéndose a sí mismo en voz baja un sartal de asombrosas conjeturas, sin dar crédito a su propio entendimiento. Por fin, un martes de diciembre, a la hora del almuerzo, soltó toda la carga de su tormento [...] la tierra es redonda como una naranja”³⁸.

³² *Ibid.*, 95.

³³ *Ibid.*, 352-353.

³⁴ “En todas las religiones, y por lo mismo en cada cultura humana, hay “tesmóforos” iniciadores de la civilización en sus manifestaciones más importantes. No podían faltar en la cosmovisión hebrea. Lo que tenemos en Gn 4 son fragmentos de “mitos de origen”. La diferencia con esta clase de mitos de otras culturas consiste en que los personajes “civilizadores” no son (semi)dioses sino seres humanos. Se siente el eco, en el nivel de la redacción de todo el Pentateuco, de lo impuesto al ser humano en Gn 1:28. Éste, como “imagen de Dios”, es creador y hacedor de cultura mediante su dominio de la tierra. Es importante, por tanto, señalar el origen de los fenómenos culturales más relevantes, pero no hace falta que todo se remonte a Dios”, cfr. J. S. CROATTO, *Exilio y sobrevivencia. Tradiciones contraculturales del Pentateuco. Comentario de Gn 4,1-12,9*, Lumen, Buenos Aires 1997, 64-65.

³⁵ G. GARCÍA MÁRQUEZ, *Cien años de soledad*, edición de J. Joset, Cátedra, Madrid 2005¹⁷, 130.

³⁶ *Ibid.*, 90.

³⁷ *Ibid.*, 100.

³⁸ *Ibid.*, 87-88.

3.1.2. *El diluvio*

La primera gran tradición del Pentateuco, como hemos visto, tiene en el complejo relato del diluvio el núcleo del mensaje sobre la recreación, una “parábola teológica” (Ska) sobre el orden y el desorden de todo lo que existe, y, una vez más, sobre la solidaridad entre todas las criaturas.

A Dios, “viendo que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Yahvé haber hecho al hombre en la tierra y le indignó de corazón” (Gn 6,5-6). Es decir, la corrupción de la creación inicial, que hay que buscarla en el corazón humano, pone en peligro el orden del universo creado en Gn 1 y 2: “la tierra estaba corrompida en la presencia de Dios; la tierra se llenó de violencia” (Gn 6,11).

Literariamente, podemos discernir dos tradiciones trenzadas de manera que dan una aparente unidad al relato, aunque no resulta muy difícil identificarlos. La cronología, la calificación de los animales que entran en el arca, las órdenes duplicadas, el final del diluvio con la prueba del cuervo y la paloma, el sacrificio que sella la alianza que pone fin al diluvio... Son elementos que permiten sospechar de la aparente unidad del relato.

En CAS encontramos un potente relato del diluvio que se cuenta, en mi opinión, siguiendo muy de cerca el relato bíblico que, por otra parte, está construido literariamente siguiendo el modelo de los distintos relatos mesopotámicos.

Aureliano, el hijo de Meme y Aureliano Babilonia, hace una valoración de las causas del diluvio, “con una madurez y una versación de persona mayor”³⁹ que sostiene contrariamente a la opinión general, que “Macondo fue un lugar próspero y bien encaminado hasta que lo desordenó y lo corrompió y lo exprimió la compañía bananera, cuyos ingenieros provocaron el diluvio como un pretexto para eludir compromisos con los trabajadores”⁴⁰.

El diluvio bíblico duró cuarenta días (Gn 7,17) y acabó “el año seiscientos uno de la vida de Noé, el día primero del primer mes” (Gn 8,13). La cronología del diluvio de Macondo está muy clara: “llovió cuatro años, once meses y dos días”⁴¹ y, terminó “un viernes a las dos de la tarde”⁴².

Como el relato bíblico “saltaron todas las fuentes del gran abismo, y las compuertas del cielo se abrieron y estuvo descargando la lluvia sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches” (Gn 7,11-12), en Macondo “se desempedra el cielo

³⁹ *Ibid.*, 470.

⁴⁰ *Ibid.*, 471.

⁴¹ *Ibid.*, 433.

⁴² *Ibid.*, 449.

En opinión de G. Rojo:

“Y no es que el diluvio determine la fuga de la compañía tampoco, aunque así lo parezca. La masacre y la salida de la bananera del escenario narrativo encuentran en la inclemente caída de la lluvia sólo una metáfora idónea. Es ésta, como lo es y también en el «Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo», una metáfora del borramiento, un anticipo del fin. El hecho de que la vieja Úrsula anuncie que ella misma se va a morir cuando escampe, y que se muera en efecto, confirma la significación ominosa que posee esta imagen. La fase del descenso ha comenzado⁴⁶.

3.1.3 La historia de Macondo y sus habitantes concebida como una historia patriarcal, contada con las mismas claves de los relatos patriarcales del Pentateuco (Gn 12-50)

Después de la protohistoria, el redactor final del Pentateuco introdujo la gran tradición patriarcal que desarrolla la reflexión de los orígenes de Israel como pueblo. La estructura en toledot –generaciones– que encontramos en los primeros once capítulos se mantiene aquí (Gn 11,26; 25,19; 37,3) dando paso al desarrollo de la gran promesa de Gn 12,2-3. Las historias de Abraham, Isaac, Jacob y José desgranar los primeros inicios de ese pueblo a base de relatos de familia: nacimientos, matrimonios, peleas, emigraciones...

Para el hagiógrafo los orígenes del futuro pueblo de Israel se encuentran en un breve discurso de Dios, que contiene una orden (12,1) y varias promesas (12,2-3). La orden, pone de relieve la importancia de la tierra en la configuración de ese pueblo sobre cuyo origen reflexiona Gn 12-50: Abraham debe abandonar la propia tierra, para caminar hacia la que Dios promete que le mostrará, “la tierra prometida”. Abraham ha de salir de lo que tiene y conoce; tiene que arriesgar el presente y ponerse en marcha hacia lo desconocido, el futuro.

La orden de caminar hacia una nueva tierra vincula a ésta al pueblo que nacerá de la descendencia de Abraham. La lucha por conquistarla, vivir en ella y en ella ser enterrado recorren todo el Antiguo Testamento.

El relato del Éxodo constituye la gran tradición sobre la relación entre la promesa de la tierra y la constitución del pueblo de Israel. Se pone en marcha como consecuencia de la dramática situación que el pueblo vive en Egipto de la que Dios está resuelto a liberarlos: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor delante de los que los oprimen y conozco sus sufrimientos” (Ex 3,7). Es una salida apresurada y en medio de la noche, sin poder esperar a que el pan fermentara, sin víveres ni provisiones para el camino (Ex12,39).

⁴⁶ G. Rojo, “Cien años de soledad cuarenta años después”: *Estudios Públicos* 106 (otoño 2007), 354.

El episodio que pone en marcha la salida de Riohacha y el gran relato de la fundación de Macondo es la muerte de Prudencio Aguilar a manos de José Arcadio Buendía, cuando él y varios amigos “jóvenes como él, embullados con la aventura, dismantelaron sus casas y cargaron con sus mujeres y sus hijos hacia la tierra que nadie les había prometido”⁴⁷. En ese mismo grupo está Pilar Ternera, tan presente en la historia como Úrsula, y que “formó parte del éxodo que culminó con la fundación de Macondo, arrastrada por su familia para separarla del hombre que la violó a los catorce años y siguió amándola hasta los veintidós”⁴⁸.

Como los israelitas, los miembros del grupo inicial que sale de Riohacha también salen con lo justo, “un baúl con sus ropas de recién casada, unos pocos útiles domésticos y el cofrecito con las piezas de oro que heredó de su padre”⁴⁹. Como entre los israelitas, también en el grupo el tiempo de camino hace sus estragos, de manera que “las huestes de su padre tenían un aspecto de naufragos sin escapatoria, pero su número había aumentado durante la travesía y todos estaban dispuestos (y los consiguieron) a morir de viejos”⁵⁰. Y, si en el relato del Éxodo el itinerario es poco previsible porque “Dios no los llevó por el territorio de los filisteos que era el más corto” (Ex 15,17), el de los fundadores de Macondo es un itinerario poco definido, “solamente procuraban viajar en sentido contrario al camino de Riohacha para no dejar ningún rastro ni encontrar gente conocida. Fue un viaje absurdo”⁵¹.

En este punto me parece importante recordar la fuerza que la pertenencia a una tierra, a un territorio, tiene en el Génesis, en la Biblia y en la teología judía en general, y que se pone de manifiesto, particularmente, cuando los israelitas mueren fuera de la tierra⁵². De hecho, tenemos en el Pentateuco un texto fundamental, la compra de la cueva de Macpela por parte de Abraham (Gn 23); y dos historias, relacionadas con los patriarcas, significativas por lo que se refiere a la importancia de la tierra como lugar de reposo de los restos de un patriarca. La primera es el relato del funeral que se tributa a Jacob (Gn 50,1-14), cuyos restos son trasladados desde Egipto, una celebración de magnífica que los cananeos proclaman: “duelo de importancia es este de los egipcios” (Gn 50,11). La otra, vinculada con ésta, es la peregrinación de los huesos de José a lo largo de todo el itinerario por el desierto. Al volver del funeral de su padre dijo jurar a los hijos de Israel: “Dios os visitará sin falta y entonces os llevaréis mis huesos de aquí” (Gn 50,25) y, sabemos por el libro de Josué que “los huesos de José que los hijos de Israel habían subido de Egipto, fueron sepultados en Siquem, en la parcela del campo que había comprado Jacob a los hijos de Jamor, padre de Siquem, por cien pesos, y que pasó a ser heredad de los hijos de José” (Jos 24,32).

⁴⁷ G. GARCÍA MÁRQUEZ, *Cien años de soledad*, edición de J. J. Joset, Cátedra, Madrid 2005¹⁷, 110.

⁴⁸ *Ibid.*, 115-116.

⁴⁹ *Ibid.*, 111.

⁵⁰ *Ibid.*, 112.

⁵¹ *Ibid.*, 111.

⁵² Cfr. lo que sobre esto dice la profesora Miralles en su interesante y divertido artículo, L. MIRALLES, “Realismo mágico y literatura rabínica. La presencia del Infierno y de la Muerte en el mundo de los vivos”: *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones* 9 (2004) 117-123.

En CAS, la historia de la misteriosa llegada de Rebeca, “una pobre huerfanita desamparada, que era prima de Úrsula en segundo grado y, por consiguiente parienta también de José Arcadio Buendía, aunque en grado más lejano, porque era hija de ese inolvidable amigo que fue Nicanor Ulloa y su muy digna esposa Rebeca Montiel”⁵³ recuerda de alguna manera estas historias bíblicas. Ella llega con unos traficantes, que han recibido la orden de llevarla junto a los Buendía, y su equipaje “estaba compuesto por el baulito de la ropa, un pequeño mecedor de madera con florecitas de colores pintadas a mano y un talego de lona que hacía un permanente ruido de cloc cloc cloc, donde llevaba los huesos de sus padres”⁵⁴.

Y me parece legítimo conectar también la compra de la cueva de Macpela (Gn 23) con el diálogo que mantienen José Arcadio y Úrsula cuando aquel quiere marcharse a recorrer mundo:

“Sólo cuando empezó a desmontar la puerta del cuartito, Úrsula se atrevió a preguntarle por qué lo hacía, y él le contestó con una cierta amargura: ‘Puesto que nadie quiere irse, nos iremos solos’. Úrsula no se alteró. -No nos iremos -dijo-. Aquí nos quedamos, porque aquí hemos tenido un hijo. -Todavía no tenemos un muerto -dijo él-. Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra. Úrsula replicó, con una suave firmeza: -Si es necesario que yo me muera para que se queden aquí, me muero”⁵⁵.

CAS describe a José Arcadio Buendía como el patriarca fundador de la familia y de la ciudad de Macondo: “Al principio José Arcadio Buendía era una especie de patriarca juvenil, que daba instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de niños y animales, y colaboraba con todos, aun en el trabajo físico, para la buena marcha de la comunidad”⁵⁶.

Úrsula Iguarán, por su parte, vive más de cien años, como un nuevo Abraham (Gn 12-25), lo que le permite ver el esplendor y la decadencia de la ciudad y de la familia. Ella es “el personaje eje, la Madre, con mayúscula y minúscula; está presente en la mayor parte de la novela, formula algunas de las observaciones-clave, y además, crea, por su actividad incesante, constructiva y “normal”, doméstica, el centro en que acontecen episodios decisivos y otros germinan y se preparan”⁵⁷.

La idea de la fundación de la ciudad en el origen de todo, aparece tímidamente en los relatos de los patriarcas antediluvianos, cuando se dice que Henoc construyó

⁵³ *Ibid.*, 132.

⁵⁴ *Ibid.*, 132.

⁵⁵ *Ibid.*, 99.

⁵⁶ *Ibid.*, 92.

⁵⁷ R. GULLÓN, *García Márquez o el arte de contar*, Cuadernos Taurus 93, , 25.

una ciudad a la que dio el nombre de su hijo (Gn 4,17), está fuertemente subrayada en CAS en todo lo relativo a la fundación de Macondo. En la Biblia la fuerza de la ciudad de Jerusalén no se advierte hasta su conquista por David (2 Sam 5,6-12) pero, en todo caso, y a pesar de que no tiene el sabor mítico de los relatos de la protohistoria, el relato de la construcción de la primera ciudad de la Biblia quiere subrayar, como en CAS, la necesidad de asociar el origen a un lugar concreto. Probablemente habrá que esperar a los Salmos para encontrar los textos que mejor reflejan esa elección de Jerusalén por parte de Dios: “El Señor ha elegido Sión, ha deseado vivir en ella. Aquí estará mi trono para siempre, en él me sentaré porque así lo he querido” (Sal 132).

En CAS, Macondo aparece como revelada en un sueño⁵⁸ y tiene con Jerusalén, algunos elementos comunes: la dimensión sobrenatural de la ciudad y su nombre, la necesidad de luchar por ella, la identificación con la saga familiar (Buendía)...,

“José Arcadio Buendía soñó esa noche que en aquel lugar se levantaba una ciudad ruidosa con casa de paredes de espejo. Preguntó qué ciudad era aquella y le contestaron con un nombre que nunca había oído, que no tenía significado alguno, pero que tuvo en el sueño una resonancia sobrenatural: Macondo. Al día siguiente convenció a sus hombres de que nunca encontrarían el mar. Les ordenó derribar los árboles para hacer un claro junto al río en el lugar más fresco de la orilla, y allí fundaron la aldea”⁵⁹.

La memoria del éxodo, de la salida, aparece también en la relectura de la tradición de las plagas (Ex 7,8-13,16), una relectura que también encontramos en el interior de la propia Biblia (Sal 78,43-53; 105,26-38; Sb 16-18; Apoc 15,1.16, 1-21).

En CAS tenemos una plaga de insomnio y olvido⁶⁰, una de hormigas, “todas las hormigas del mundo”⁶¹ que iban llevando el cadáver del último miembro de la estirpe⁶²; y otra de mariposas, las que acompañaban la presencia de Mauricio Babilonia⁶³. R. Gullón

⁵⁸ G. GARCÍA MÁRQUEZ, *Cien años de soledad*, edición de J. Joset, Cátedra, Madrid 2005¹⁷, 112.

⁵⁹ *Ibid.*, 112.

⁶⁰ *Ibid.*, 135-142.

⁶¹ *Ibid.*, 546.

⁶² “The ant invasion is another plague of biblical scale. In Exodus 10, God promises Pharaoh locusts that would cover the face of the ground, devouring every tree and filling the houses. This was what Aureliano Babilonia and Amaranta Úrsula experienced at the end of the novel. Instead of locusts, Macondo is filled with ants and they destroy the town completely. This plague is a clear reflection of biblical events, as they are found both in Exodus as well as in the prophecy in the book of Revelation, where it says that at the end of the world a plague of locusts will be handed down as a punishment condemning sinful humanity”, cfr. ANDREA WOODARD, *Cien años de soledad and the universal commentary. Considerations on the narrative voice through the lens of Biblical intertextualities*, April 9, 2010 presented at the North American Christian Foreign Language Association Conference, 5.

⁶³ G. GARCÍA MÁRQUEZ, *Cien años de soledad*, edición de J. Joset, Cátedra, Madrid 2005¹⁷, 403.

considera, además, la plaga de las guerras civiles y la del banano. El comentario a esta última me parece interesante:

“Las plagas son sucesos reales y acontecimientos simbólicos; en este contexto expresan las reiteradas tentativas del caos por restablecerse, destruyendo el equilibrio, el mundo arcaico que no pudo ser. La del banano es el principio del fin y la sanción por haber realizado o consentido la transformación de una comunidad “primitiva”, sacralizada, en una sociedad regida por la idea del lucro (lo que implica explotación), secularizada, incapaz de reconocer la peste como lo que es”⁶⁴.

3.1.4 La importancia de poseer textos

En una obra de reciente aparición, *Los judíos y las palabras*, sus autores, conocidos intelectuales judíos, afirman: “La nuestra (la judía) no es una línea de sangre, sino una línea de textos”⁶⁵. Esa importancia del texto, a veces primero relato oral, está por todas partes tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Identificados los descendientes de Abraham-Jacob como un pueblo, conjunto de familias, por parte de los egipcios (Ex 1,1), la vocación de Moisés (Ex 3) inaugura un tiempo nuevo, el del desafío que la esperanza en el cumplimiento por Yahvé de la promesa hecha a Abraham: “A tus descendientes daré “. El itinerario por el desierto (Ex 15-19; Nm 10,10-22), y la gran tradición del Sinaí que hoy encontramos editada en medio de ella (Ex 19-40; Lev; Nm 1,1-10) establecen la constitución solemne de ese pueblo como “mi pueblo”, un pueblo liberado con el que Dios hace alianza.

La importancia de los acontecimientos vividos durante el tiempo del desierto es tal, que el mismo Yahvé ordena a Moisés que los consigne por escrito (Ex 17,14; 24,4; Nm 33,1-2; Dt 31,9.22.24), así las generaciones futuras puedan hacer memoria actualizada de la misma.

También en CAS la palabra puesta por escrito tiene un papel capital en la historia; anticipa el futuro del que hace memoria permanente.

Como hace notar R. Gullón,

“La narración de los hechos se escribió dos veces: en lenguaje ininteligible para los habitantes de Macondo (en sánscrito) por

⁶⁴ R. GULLÓN, *García Márquez o el arte de contar*, Cuadernos Taurus 93, , 58.

⁶⁵ A. OZ – F. OZ-SALZBERGER, *Los judíos y las palabras*, Siruela, Madrid 2014, 17.

Mauricio Babilonia. A mí el personaje me sugiere dos identificaciones. En primer lugar, la condición de “extrañidad”, extranjería e incluso exilio que Babilonia evoca y que se percibe en este personaje, padre del hijo ilegítimo de Meme, escondido (extrañado) por su abuela a los ojos del mundo.

“Se llamaba Mauricio Babilonia. Había nacido y crecido en Macondo, y era aprendiz de mecánico en los talleres de la compañía bananera. Meme lo había conocido por casualidad, una tarde que fue con Patricia Brown a buscar el automóvil para dar un paseo por las plantaciones. Como el chófer estaba enfermo, lo encargaron a él de conducirlos, y Meme pudo al fin saciar su deseo de sentarse junto al volante para observar de cerca el sistema de manejo. Al contrario del chófer titular, Mauricio Babilonia le hizo una demostración práctica”⁶⁹.

Pero, además, Mauricio me recuerda la iconografía del desorden o el pecado de suma gravedad que Babilonia representa en el libro del Apocalipsis (17,5):

“Se volvió loca por él. Perdió el sueño y el apetito, y se hundió tan profundamente en la soledad que hasta su padre se le convirtió en un estorbo. Elaboró un intrincado enredo de compromisos falsos para desorientar a Fernanda, perdió de vista a sus amigas, saltó por encima de los convencionalismos para verse con Mauricio Babilonia a cualquier hora y en cualquier parte”⁷⁰.

Melquíades el gitano, en el que A. Woodard cree reconocer un nuevo Moisés y que S. Wahnnon cree que hay que asociar al Judío Errante⁷¹. De hecho, es el narrador de la historia, como Moisés en el Pentateuco. Libera al pueblo de la plaga del insomnio. Y, por cierto, como en las caracterizaciones de Moisés propias de los autores judeo-helenísticos⁷², trae el hielo y la tecnología.

⁶⁹ *Ibid.*, 401.

⁷⁰ *Ibid.*, 404.

⁷¹ “Melquíades parece no tener edad: es, como el mismo Judío Errante que pasa por el pueblo a la muerte de Úrsula, un personaje ahistórico o, mejor, acrónico. Es decir, que no pertenece a un momento y a un espacio determinados, sino que parece atravesar la historia entera de la humanidad. [...] Melquíades encarna –está claro– a un pueblo perseguido a lo largo de toda la historia, al que se ha asociado con pestes y catástrofes y que, sin embargo, ha logrado sobrevivir a todas. Podría ser, naturalmente, el pueblo gitano; pero tanto los lugares mencionados como los tiempos históricos a que nos remiten permiten suponer que podría ser, también –o más bien–, el pueblo judío”, cfr. S. WAHNNON, “El Judío Errante en *Cien años de soledad*” en XX Congreso Nacional de Literatura, Lingüística y Semiótica. *Cien años de soledad, treinta años después*, Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, 1998, 50.

⁷² Cfr. E. S. GRUEN, *Heritage and Hellenism. The reinvention of jewish tradition*, Berkeley- Los Angeles 1998.

- Si se lo creyeron a las Sagradas Escrituras no sé por qué no han de creérmelo a mí⁷⁷.

Pero me parece que también se deben señalar una serie de relatos, por lo demás muy divertidos, que conectan con eso que en teología se llaman signos “pródromos”, imágenes o acontecimientos que actúan como precursores de una intervención divina que supone un cambio significativo en la realidad que se está viviendo. Estos signos son muy propios de la literatura apocalíptica, y los encontramos en ocasiones en la Biblia. “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas de los cielos serán sacudidas. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre” (Mt 24,29-30).

También en Macondo algunos signos extraordinarios acontecen como preludio de cambios significativos en el desarrollo de la historia. A veces están asociados a personajes diestros en interpretarlos, como el coronel Aureliano a la edad de tres años: “El niño, perplejo, en la puerta dijo: “Se va a caer”. La olla estaba tan bien puesta en el centro de la mesa, pero tan pronto como el niño hizo el anuncio, comenzó a moverse...”⁷⁸; o Santa Sofía de la Piedad: “tuvo la certeza de que la encontraría muerta [a Úrsula] de un momento a otro, porque observaba por esos días un cierto aturdimiento de la naturaleza: que las rosas olían a quenopodio; que se le cayó una totuma de garbanzos y los granos quedaban en el suelo en un orden geométrico perfecto y en forma de estrella de mar, y que una noche vio pasar por el cielo una fila de luminosos discos anaranjados”⁷⁹.

Otras veces preceden la aparición de algún personaje, como el Judío Errante⁸⁰ o Úrsula al regresar después de buscar a su hijo:

“En cierta ocasión, meses después de la partida de Úrsula, empezaron a suceder cosas extrañas. Un frasco que durante mucho tiempo estuvo olvidado en un armario se hizo tan pesado que fue imposible moverlo. Una cazuela de agua colocada en la mesa de trabajo hirvió sin fuego durante media hora hasta evaporarse por completo. José Arcadio Buendía y su hijo observaban aquellos fenómenos con asustado alborozo, sin lograr explicárselos, pero interpretándolos como anuncios de la materia. Un día la canastilla de Amaranta empezó a moverse con un impulso propio y dio una vuelta completa en el cuarto ante la consternación de Aureliano, que se apresuró a detenerla [...] De pronto, casi cinco meses después de su desaparición, volvió Úrsula”⁸¹.

⁷⁷ *Ibid.*, 415.

⁷⁸ *Ibid.*, 101.

⁷⁹ *Ibid.*, 464.

⁸⁰ *Ibid.*, 465.

⁸¹ *Ibid.*, 123-124.

Por último, anotaré algunas alusiones implícitas que me atrevo a identificar, aunque sé que pueden ser muy discutibles. Una referencia a la parábola del hijo perdido (Lc 15,11-24), “José Arcadio Buendía recibió con alborozo al hijo extraviado”⁸²; la memoria del talante de la madre de los siete hermanos martirizados en tiempos de los macabeos (2 Mac 7,20-22) en la muchacha de la feria que se acuesta con el monumental José Arcadio que “al primer contacto, los huesos de la muchacha parecieron desarticularse con un crujido desordenado como el de un fichero de dominó [...] Pero soportó el impacto con una firmeza de carácter y una valentía admirables”⁸³, o el diálogo de Pablo con los atenienses que daban culto “al dios desconocido” en el Areópago (Act 20), en el cartel que se colocó a la entrada de la ciénaga cuando la peste del olvido: “En la entrada del camino de la ciénaga se había puesto un anuncio que decía Macondo y otro más grande en la calles central que decía Dios existe”⁸⁴.

4. Conclusiones

M. Vargas Llosa afirma en su ensayo *La verdad de las mentiras*, que “no se escriben novelas para contar la vida sino para transformarla, añadiéndole algo”⁸⁵. En CAS, García Márquez dice “dejar constancia poética del mundo de su infancia”⁸⁶ recreándolo, aunque reconoce también que, como hemos visto, la historia de los Buendía puede ser una historia de América Latina: “Sí, lo creo. La historia de América Latina es también una suma de esfuerzos desmesurados e inútiles y de dramas condenados de antemano al olvido. La peste del olvido existe también entre nosotros”⁸⁷.

Esta nueva inmersión en la infancia se teje, como todas sus novelas, con innumerables influencias literarias y extraliterarias. García Márquez reconoce que “cuando la novela empezó a interesarme decidí leer todas las novelas importantes que se hubiesen escrito desde el comienzo de la humanidad. —¿Todas?—. Todas, empezando por la Biblia que es un libro cojonudo donde pasan cosas fantásticas”⁸⁸.

Como hemos visto en este trabajo, esas cosas fantásticas están tomadas fundamentalmente del Pentateuco, quizás porque Israel consigna en él la reflexión sobre su identidad, una reflexión forjada en los turbulentos tiempos del exilio. Pero también porque sus grandes personajes y tradiciones contienen una riqueza de matices y temas que los hacen moldeables, imitables, memorables.

⁸² *Ibid.*, 120.

⁸³ *Ibid.*, 123.

⁸⁴ *Ibid.*, 140.

⁸⁵ M. VARGAS LLOSA, *La verdad de las mentiras*, Alfaguara, Madrid 2003, 17.

⁸⁶ G. GARCÍA MÁRQUEZ, *El olor de la guayaba. Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*, Mondadori, Barcelona 1994, 93.

⁸⁷ *Ibid.*, 94.

⁸⁸ *Ibid.*, 65.

Por otra parte, porque la Biblia ha estado presente en la cristalización de la cultura de Colombia, sus relatos y algunas de sus frases se han incorporado al lenguaje de sus gentes de una manera natural.

En estos tiempos en los que la cultura religiosa de nuestros jóvenes y niños se percibe cada vez más pobre, notar la presencia de la Biblia en una obra como CAS recuerda la importancia de una mínima formación bíblica para preparar para el disfrute de la cultura. Pero, además, el esfuerzo contribuye no sólo a poner de manifiesto la capacidad de la Biblia de hablar de cosas importantes para nosotros como seres humanos, el amor, la familia, la solidaridad de la creación, la paz... sino también, por su condición de Palabra de Dios, “sedimentación literaria” de una experiencia de fe (J. Könings), la importancia de ésta en la construcción personal y en la vida de los pueblos.

“Puesto que la religión católica es mucho más que un mero repertorio de dogmas y liturgias, puesto que constituye el sustrato fecundo sobre el que se edifica nuestra civilización, nuestra cultura y nuestra moral, quiero que mis hijos sean instruidos en sus misterios”⁸⁹.

⁸⁹ J. M. DE PRADA, “Clase de religión”, ABC, 21.VI.03.